

Jorge Abelardo Ramos y Milcíades Peña

Una discusión de la izquierda en la Argentina de los 60

Por Gabriel Erdmann¹

Resumen: Este trabajo se propone abordar uno de los aspectos centrales de la historia política argentina de la década del sesenta: la polémica que, en torno a la relación entre burguesía industrial y peronismo, sostuvieron Jorge Abelardo Ramos y Milcíades Peña, dos de los ensayistas políticos más leídos en el transcurso de la segunda mitad del siglo XX en la Argentina. El marco de referencia de esta discusión se da en un contexto muy específico: la emergencia de una nueva izquierda cuyo surgimiento no se puede separar, por un lado, de los efectos del golpe del año 1955 contra el peronismo y, por el otro, de los Movimientos de Liberación Nacional actuantes en África, Asia y América Latina. Estos hechos revistieron, para muchos jóvenes, el carácter de un nuevo tiempo histórico fundado sobre la certeza de que la revolución socialista, más allá de su múltiple carácter, era posible. A esto hay que sumarle un tópico central a la hora de evaluar esta etapa: la llamada «peronización» de los sectores medios y su viraje a la izquierda.

Fue éste el marco de la discusión Ramos-Peña, un intercambio situado en la estela de otras discusiones que la precedieron y la sucedieron y que marcaron el tono de una época. En estos cruces hubo una lucha por el corpus marxista, una confrontación que no buscaba, solamente, demostrar quién era el mejor intérprete de los textos de los padres fundadores sino que perseguía, sobre todo, comprender el fenómeno peronista. En consecuencia, la interpretación de ese corpus estaría atada a la lectura que se hiciera de aquel fenómeno de masas, el más importante de la historia política argentina. En este recorrido, el debate en torno al origen de ese movimiento, su carácter de clase, su faceta revolucionaria o conservadora y el papel que otras clases jugaron en relación con el se llevarían todas las palmas.

Palabras clave: Peronismo; Milcíades Peña; Jorge Abelardo Ramos.

¹ Profesor de Historia, docente.

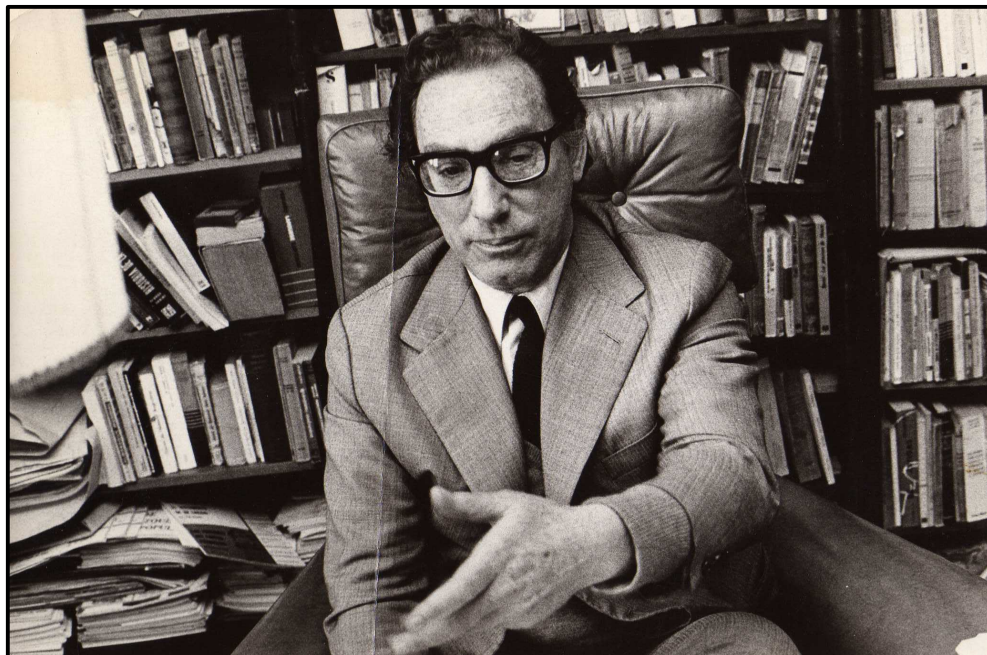
Este trabajo sostiene que la discusión entre Jorge Abelardo Ramos y Milcíades Peña, en torno al carácter de la burguesía industrial argentina y su relación con el peronismo, es fundamental para comprender la masividad que tuvo el ensayo de divulgación política en la Argentina de esos años. Por otro lado, sentó las bases de un aspecto fundamental de clara importancia historiográfica: el carácter de la función social capitalista en la Argentina y el comportamiento de los grupos empresarios. En relación con esto último, es pertinente insistir que esa polémica fue una de las más relevantes desde el punto de vista del ensayo sobre la naturaleza de nuestra burguesía nacional. Discusión, para muchos, todavía no saldada. Lo que ocurre es que faltan trabajos de mayor relevancia sobre la conformación y el comportamiento de la clase empresarial en la Argentina, se la caracterice o no como burguesa [1]. Muchos estudios, algunos de ellos clásicos, solo recalcan en aspectos generales, pero muy pocos se detienen en momentos específicos de ese comportamiento, indagando en los porqués de sus posiciones y de sus estrategias. En relación con el peronismo sería interesante que se realizaran más investigaciones sobre la Confederación General Económica, el Primer y el Segundo Plan Quinquenal, el IAPI, etc. Al respecto, sostiene Claudio Belini:

Solo en la última década se han comenzado a explorar las diversas dimensiones del problema. Entre los nuevos estudios se destacan los trabajos de Rougier (2001) y Girbal-Blacha (2003) sobre el Banco Industrial y la contradicción entre el discurso y los resultados. Pero carecemos de análisis sobre otras dimensiones de la política industrial, como la política aduanera y cambiaria, los regímenes de promoción, el papel del Estado empresario, entre otros temas...[2].

La discusión Ramos-Peña tiene hoy legítimos ribetes historiográficos; por eso es importante acercarse a ella sin dejar de considerar los baches de investigación que, más allá de la dificultad del acceso a algunas fuentes, no fueron del todo subsanados. Este trabajo tiene la intención de intentar franquear algunos límites que futuras investigaciones deberían asumir.

DIVISIÓN DEL TRABAJO

Este estudio presenta las siguientes divisiones: primero se hará una referencia al contexto político, social y económico del primer peronismo (1945-1955), en el cual se centraliza la discusión. Luego, se analizarán algunos aspectos de otro contexto: el del ensayo en la Argentina de esos años. En tercer lugar, trataremos de definir el perfil de los contendientes. Le seguirá una referencia a un tema candente que enmarcó toda la discusión: la temática de la Cuestión Nacional y el marxismo. Finalmente, el trabajo se centralizará en la discusión pertinente.



Jorge Abelardo Ramos

A) EL PRIMER CONTEXTO: EL PERONISMO (1943-1955). DEL APOGEO A LA CRISIS

En 1943 comenzó una etapa fundamental en el proceso histórico argentino: por primera vez en el país surgió un movimiento popular con el poder suficiente para transformar las estructuras existentes. No obstante, conviene tener presente el origen de este movimiento para poder comprender mejor su desarrollo futuro.

En el contexto de una contienda internacional en la cual las potencias occidentales y la Unión Soviética se batían contra el nazi-fascismo, en la Argentina de los años treinta tuvo lugar una profunda crisis del sistema político conservador, basado en el fraude y la corrupción. Un sector del bloque de las clases dominantes, apoyado por sectores minoritarios del Ejército y de los partidos tradicionales, estaba dispuesto a dar un giro con respecto a la política de realineamiento internacional que se había mantenido hasta entonces, pero esta vez no lo haría a favor de su tradicional socio, Gran Bretaña, sino de la que era considerada la nueva potencia emergente: Estados Unidos. Detrás de esta cobertura ideológica había intereses materiales concretos, vinculados con sectores de la burguesía industrial y otros intermediarios relacionados con diversos importadores de bienes y servicios. El candidato elegido era un digno representante de esos intereses: Robustiano Patrón Costas. Pero la Revolución del 4 junio de 1943, encabezada por un grupo de militares nucleados en una logia conocida con las siglas GOU, impidió la materialización de ese proyecto. El bloque de clases dominantes que no tenía ningún interés de establecer una alianza con los Estados Unidos respaldó el golpe. Es que los sectores de la Argentina

agroexportadora, en su cerril conservadorismo, carecían, por el momento, del menor interés en cambiar de escenario a nivel mundial. Tampoco contaban con fuerza militar adicta. Por eso el golpe[3]. En cuanto el resultado de la guerra se clarificó y las presiones rupturistas aumentaron en la región, la “solución Patrón Costas” virará por otra no menos orgánica: la Unión Democrática. Pero, entre una y otra, mediará la acción del coronel Juan Domingo Perón desde la Secretaria de Trabajo y Previsión. En ese momento, y sobre todo después del 17 de octubre de 1945, los bloques quedarían bien delimitados. De un lado, la clase obrera (tanto la nueva, como un sector de la vieja), la Iglesia y una porción considerable del Ejército. Del otro, la mayoría de los partidos conservadores, radicales, demócratas progresistas y de la izquierda tradicional, la Marina (impulsora de la consigna de «todo el poder a la Corte»), todos monitoreados por la embajada norteamericana. La disputa se dirimió el 24 de febrero de 1946 en unas elecciones que, según la opinión del ensayista Alejandro Horowicz, fueron «las más limpias de la historia política argentina». Los obreros votaron como ciudadanos de pleno derecho e ingresaron a la república burguesa parlamentaria.

La Argentina de los años treinta recibió el fuerte impacto de dos conflictos que la involucraron profundamente: la Guerra Civil Española (1936-1939) y la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). La mayoría de quienes formaban parte de los sectores medios y de la izquierda, vinculados con el radicalismo o los grupos socialistas, comunistas y anarquistas, tomaron posición al respecto. La Argentina no estaba aislada del mundo y vivió esos conflictos como si fueran propios. Bien dice Alejandro Horowicz:

Las dos mitades del enfrentamiento se complementaban maravillosamente; los gorilas requieren a los peronistas para borrar el espectro rojo de la lucha obrera y los peronistas a los gorilas para legitimar sus blasones revolucionarios. Por ese estrecho andarivel circuló la política argentina en los últimos cuarenta años y ese es, finalmente, el sentido final, la ultima ratio de la dialéctica peronismo antiperonismo...[4].

Entre 1946 y 1950 la etapa de prosperidad que vivió la Argentina, sobre todo los sectores de la clase obrera, fue única. En el marco de la gestión de Miguel Miranda y el Primer Plan Quinquenal, todo parecía cerrar. Mientras las divisas acumuladas en el exterior y en el Banco Central existieron y se mantuvo el nivel y los precios de las exportaciones, todo funcionó de mil maravillas. Es que la clave de toda la política residía en el IAPI, organismo por medio del cual se canalizaba parte de la renta agraria para financiar el desarrollo industrial [5]. Pero las sequías de 1951-1952, la caída de los precios internacionales de los productos primarios, la liquidación de las reservas (utilizadas para solventar los costos de las nacionalizaciones y no reinvertidas en bienes de capital como sostienen la mayoría de los autores), y, finalmente, el hecho de que la Guerra de Corea no diera inicio al comienzo de una Tercera Guerra Mundial (algo esperado por Perón), volvieron crítica la situación económica y social de la Argentina. De a poco, el mundo de la posguerra se recuperaba con la ayuda norteamericana y de las potencias occidentales (Brasil ingresaría al plan Marshall, no así la Argentina). A principios de 1952, la Argentina aprobó una ley de radicación de capitales norteamericanos y pidió un préstamo al Eximbank por 125 millones de dólares. Sería el paso previo a la negociación con la filial de la Standard Oil

(La California en 1954). La mayor parte de estas medidas fueron resistidas por los sectores nacionalistas del peronismo. Sin embargo, en este contexto, recrudecieron las protestas de algunos sectores de la clase obrera que no quería perder su parte en la distribución del ingreso (casi el 50% en 1949, cifra record nunca más alcanzada).

Así, a las huelgas de ferroviarios, textiles, químicos, metalúrgicos o cañeros siguieron las de estudiantes en diversas facultades del país. Muchas fueron resueltas y otras serían declaradas ilegales. Eva Perón, la esposa del presidente de la nación, encabezó, personalmente, la represión de la huelga ferroviaria. Con movilización militar incluida. Los sectores medios, que hasta ese momento se habían beneficiado con la política del peronismo, rompieron lanzas con él. Perón podía declarar ilegal una huelga, pero en ningún momento enfrentar frontalmente a su base social. El intento de golpe de estado del general Menéndez en 1951 tensó aún más la cuerda. Pero, el bloque de clases dominantes no tenía en entredicho sus intereses. Cuando los tuvieran, dispondría de una fracción militar adicta decidida a luchar hasta la victoria. Y el conflicto con la Iglesia sería clave al respecto. Antes no. Había peronismo para rato, sobre todo después de las elecciones de 1951 y de 1954 en las que el gobierno había obtenido más del 60 % de los votos. Luego del fallido golpe de Menéndez, Perón decretó el estado de guerra interno, que se extendería hasta agosto de 1955. Esto significó que toda la vida política argentina transcurriría en condiciones de semilegalidad. La oposición, luego de la derrota electoral de 1951, comprobó que Perón era invencible electoralmente. Por eso, a partir de ese momento eligió el camino del golpe de estado. Y esto se vio cuando se produjo el bombardeo de junio de 1955. Estos acontecimientos hirieron de muerte a un gobierno que en septiembre del mismo año recibiría el tiro de gracia.

Una pregunta surge, ineludible: ¿Cuál fue el comportamiento del empresariado en relación con la política estatal peronista en aquellos años? La respuesta, por los motivos anteriormente expuestos, no es sencilla; sin embargo, se puede sostener que dicho comportamiento no fue unívoco a lo largo de todo el periodo. Más allá de lo que algunos puedan suponer, la relación Estado-burocracia-empresariado distó de ser sencilla en la década peronista. Es que una cosa es el crecimiento industrial acotado a la producción de productos vinculados con el desarrollo de la industria liviana (en más de un 50% conformado por textiles y bebidas) y otra muy distinta es una política industrial en regla. Esta problemática estuvo relacionada con varios factores entre los que se pueden incluir: la falta de una burocracia estatal formada para desarrollar estas políticas, las disidencias y luchas dentro del elenco gobernante, las estrategias zigzagueantes de un empresariado que, en más de una oportunidad, imponía su política en detrimento del poder del estado, etc. Al respecto, sostiene Horacio Giberti en relación con el Segundo Plan Quinquenal:

En realidad, lo que pasaba —y siguió pasando después—era que esa planificación se realizaba en un medio académico alejado de la esfera común de trabajo. Y los ministros de distintas aéreas intervenían poco en la elaboración de los planes económicos [...]. Había un divorcio entre los planificadores y las autoridades de planificación. De manera que se hicieron planes de gobierno que nunca se llegaron a aplicar. Entonces, en vez de seguir el plan, los ministros hacían lo que les parecía... [6].

Como muestran algunos estudios económicos más recientes, el peronismo no solo tuvo en cuenta la participación de capitales privados en sus planes económicos, sino que estuvo lejos de querer llevar adelante una política autárquica en materia económica. Es más, en la reorientación del mercado interno en el mundo inmediato de la posguerra, los artífices de la política económica entendían que el impulso hacia la industrialización no debería conducir a un cierre de la economía sino a una modificación sustancial de la composición de las importaciones. A su vez, apuntaban a la diversificación (no lograda por otra parte) de la estructura industrial para reducir el impacto de los ciclos económicos del frente externo. ¿Cuál era el objetivo?: atenuar el conflicto de clases por medio de una mejor distribución de la riqueza. Claudio Belini dice:

Contrariamente a lo que se piensa, la política industrial peronista no puede definirse como autárquica. Los objetivos propuestos en el Plan Quinquenal no implicaban una industrialización a toda costa. Por otra parte hasta el estallido del sector externo en 1949, las políticas peronistas no impusieron obstáculos a la importación de manufacturas [...]. Recién a partir de 1952 la escasez de dólares creó un marco de protección indiscriminada [7].

Todo el sistema peronista, de acuerdo a la mayoría de los estudiosos, tenía un cuello de botella: la dependencia de la estructura agroexportadora. El florecimiento de la economía en su primera etapa hacía que las industrias se desarrollaran, que se vendiera más. Y como no había una producción de materias primas industriales, había que importar. Pero como la producción agropecuaria no era suficiente para producir, con el aumento de las exportaciones, la cantidad de divisas que se requería, venía un freno y, paralelamente, una caída de la producción industrial. El gobierno se encontró ante un dilema: o restringía el consumo (algo que ocurrió a partir de 1952), o permitía la participación del capital extranjero con el objeto de obtener las divisas necesarias para el funcionamiento de determinadas industrias básicas. La ley de radicación de capitales extranjeros iba en esa dirección. Existía una tercera opción: expropiar la renta agraria y de ahí tomar las divisas necesarias para la acumulación de capital que tal política exigía. Jorge Abelardo Ramos y Milcíades Peña coincidieron en esta última vía. Sin embargo, el peronismo no daría ese paso. Y, víctima de esa limitación, perdería el poder político. ¿Y los empresarios? Luego de la intervención a la UIA, los industriales no participaron de la elaboración del Primer Plan Quinquenal. Recién en 1951, con la conformación de la CGI, los industriales tuvieron un interlocutor legítimo ante el gobierno. Sin embargo, esto no significó un aislamiento de la burocracia en relación con el mundo de los negocios. Las cámaras industriales mantuvieron fluidos contactos con el régimen político. Además, como Claudio Belini señala, «el intervencionismo estatal multiplicó los contactos informales entre la burocracia y los empresarios. Y algunos industriales lograron obtener grandes ventajas de estos vínculos». No siempre las metas y formulaciones de las políticas de la burocracia estatal reflejaban los intereses de la clase dominante. Diversas modalidades de intervención y maniobras, no siempre claras, complejizaban aún más estas relaciones. Sostienen Belini y Rougier:

Una segunda dimensión de la problemática abordada, nos remite a la naturaleza de las relaciones entre la burocracia estatal y el empresariado. Una burocracia escasamente capacitada y un aparato del

Estado fragmentado no constituyeron factores favorables a la constitución de un vínculo estable entre ambos actores [...]. La expansión del Estado Industrial durante la década peronista fue escasamente efectiva para impulsar el desarrollo industrial. Dos casos constituyeron una excepción [...] la siderurgia impulsada por SOMISA y el de la industria automotriz promovida por la acción del IAME...[8].

Todo lo dicho hasta acá nos impone el siguiente interrogante: ¿Cuánto hay, en la breve exposición que realizamos, de la propia historia de la burguesía industrial argentina, de su conformación, de su mayor o menor conciencia de clase, de sus límites, etc.? Por esto la necesidad de traer a colación la discusión entre Jorge Abelardo Ramos y Milcíades Peña.

B) EL SEGUNDO CONTEXTO: EL ENSAYO EN LA ARGENTINA (1955-1976)

En relación con esta problemática, se puede agregar lo que ya es patrimonio común de varios investigadores: era necesario el desalojo del peronismo en el poder para que pudieran emerger algunos aspectos del debate cultural en la Argentina de la segunda posguerra. Y en esto no solo tuvo que ver el hecho tan controvertido de la impotencia del peronismo para generar adecuadas estrategias de cooptación de los intelectuales [9], sino la aparición de factores antes ausentes en la década peronista y que respondían a fenómenos que estaban más allá del ámbito nacional: el surgimiento de un Tercer Mundo que, en la perspectiva de la denominada Liberación Nacional, tenía al Socialismo como una meta realizable. El período comprendido entre la Revolución Cubana (1959) y el Mayo Francés (1968) tendrá una repercusión local insoslayable que coincidirá con la proscripción política del peronismo y favorecerá la radicalización de los sectores medios por el camino de su conocida peronización. Por esto, los ensayos de fuste que leyeron al peronismo de otra manera surgieron en ese momento y no antes. La década peronista no fue el mejor marco para que tuviera lugar una discusión que, como se sabe, comenzaría a cerrarse sangrientamente en 1976.

Este fue el contexto de la discusión entre Jorge Abelardo Ramos y Milcíades Peña. Sostiene, pertinentemente, Oscar Terán:

Y es que el fenómeno peronista operó sobre la franja crítica, efectos de recolocación de vastas consecuencias dentro de un complejo movimiento que llevó desde la natural oposición mientras el peronismo estuvo en el poder hasta un encarnizado proceso de relectura del mismo a partir de su derrocamiento, lo cual constituyó uno de los rasgos culturales fundamentales del periodo analizado [10].

Un sector crítico del movimiento peronista buscó la creación de un espacio independiente entre el campo liberal y la ortodoxia peronista, pero mientras el corte con este último era un dato de la realidad, para el radical distanciamiento con el primero fue necesaria la exclusión del peronismo del Estado. La militancia peronista y la de izquierda se vieron profundamente afectadas por estos factores a los que se sumó un contexto internacional de gran efervescencia política.

Publicaciones como Contorno, Centro, Pasado y Presente, Lucha Obrera, Clase Obrera, La verdad o Fichas, entre otras, tuvieron un común denominador: Cómo

interpretar el fenómeno peronista y, especialmente, cómo situarse frente a él desde la izquierda.

Jorge Abelardo Ramos y Milcíades Peña provenían del riñón del trotskismo argentino. Sin embargo, antes de 1955, no existía una producción historiográfica trotskista en el país. Los debates políticos de los años treinta y cuarenta estaban centrados en cuestiones vinculadas con la economía argentina (Bunge, Dorfmann, Pinedo, etc.), pero la discusión sobre la estrategia revolucionaria no suscitó un programa de investigación concreto. El surgimiento del peronismo y su posterior caída en 1955 crearon las circunstancias que dieron lugar a la necesidad de una historia nacional trotskista. La cuestión era la siguiente: ¿Por qué la clase obrera había adoptado un camino de redención nacionalista burgués antes que socialista revolucionario? ¿Cuáles eran las posibilidades y cuáles los límites de cada una de esas opciones políticas? Es justo, en el medio de estos planteos, en donde Ramos y Peña discutieron la potencialidad revolucionaria de la burguesía industrial argentina apelando al despliegue histórico y su conformación como clase. El medio utilizado será diverso: las revistas políticas o los libros dirigidos a un público militante. El estilo irá del libelo a la polémica, en una marcada forma ensayística. Los protagonistas pronto adquirieron cierta popularidad: Arturo Jauretche, Rodolfo Puiggrós, Juan José Hernández Arregui, José María Rosa, John William Cooke, Juan José Real, León Rozichtner, entre otros, se sumaban a los dos autores antes mencionados. Remarca Beatriz Sarlo:

Los escritos de Puiggrós y Ramos encontrarían bajo el antiperonismo gobernante, justamente un eco que no habían conocido bajo el gobierno de Perón. Saldrían de la audiencia de los pequeños grupos para hallar una que los años harían cada vez más amplia, a medida que se incrementaba la matrícula universitaria. Porque, en efecto, lograrían una recepción en un público que no era el de los trabajadores en nombre de cuyos intereses hablaban, sino el de las clases medias universitarias movilizadas contra Perón en septiembre de 1955, asistidas por la creencia de que el fin del gobierno peronista pondría fin también a su desencuentro con los obreros...[11].

¿Qué sucedía con Milcíades Peña? Lo mismo. Según Horacio Tarcus los tomos de su Historia Argentina superaron más de 10.000 ejemplares de ventas por título en esos años[12]. Su público lector provenía del ámbito universitario, de la militancia de izquierda no peronista y de la peronista. Amplía Beatriz Sarlo:

Uno diría que todo lo que era la nueva versión del revisionismo histórico, todo el ensayo que era la nueva versión del revisionismo histórico, que va de Abelardo Ramos a Milcíades Peña, incluyendo a Hernández Arregui, todo eso tenía una enorme visibilidad y una enorme implantación, esas eran las ideas que se discutían[13].

Fue entonces, en ese medio social e ideológico, donde Jorge Abelardo Ramos, autor de Revolución y contrarrevolución en la Argentina (1957), y Milcíades Peña, de La historia del Pueblo Argentino (años sesenta y setenta), encontraron su masa crítica de lectores.

C) EL PERFIL DE LOS CONTENDIENTES

Jorge Abelardo Ramos nació en Buenos Aires en 1921 y murió en la misma ciudad en 1994. Fue un ensayista político, periodista y militante trotskista en su juventud. Más tarde, estuvo entre los fundadores de la corriente denominada Izquierda Nacional. Después de un breve paso por el anarquismo recaló en los grupos trotskistas de los años treinta y cuarenta. De la mano de Adolfo Perelman, ingresó al GOR (Grupo Obrero Revolucionario), que lideraba Liborio Justo, y en el cual militaba el dirigente gremial Mateo Fossa, único argentino que había conocido a León Trotsky. Luego de pasar por varios grupos desembarcó en el PORS (Partido Obrero de la Revolución Socialista) que editará el periódico Frente Obrero (1941-1943). En este último sector se destacó la figura de Aurelio Narvaja, una personalidad mítica en la izquierda de la época y, para muchos, mentor intelectual de la izquierda nacional. Disuelto el grupo, lanzó con otros la revista Octubre desde 1945 hasta 1947. Esta publicación hizo una positiva caracterización del peronismo como una expresión de bonapartismo “progresista”, resultado de una alianza entre el Ejército, el proletariado y la burguesía nacional, frente de carácter popular y antiimperialista al que la izquierda debía brindar un apoyo crítico. En 1949 apareció el libro América Latina, un país, ensayo de orientación marxista sobre el proceso de balcanización de América Latina, pero con un fuerte contenido nacionalista. Entre ese año y 1955 se consagró al periodismo político: escribió con el seudónimo de Víctor Almagro en el diario político Democracia y con el de Víctor Guerrero en La Prensa, mientras estuvo bajo el control de la CGT. En 1954 lideró uno de los grupos que se integraron al PSRN (Partido Socialista de la Revolución Nacional) y, con diverso apoyo, disputaría la hegemonía con el grupo socialista fundacional y los otros grupos trotskistas liderados por Esteban Rey y Nahuel Moreno junto al cual estaba el joven Peña. Colaboró en el órgano partidario Frente Obrero (1954-1955) hasta que el periódico y el partido fueron clausurados por el régimen militar en 1956. En 1957 vio la luz una de sus obras más ambiciosas: Revolución y contrarrevolución en la Argentina, una lectura marxista-nacional de la historia local que conocerá sucesivas reediciones y reformulaciones. En 1962 fue uno de los fundadores del PSIN (Partido Socialista de la Izquierda Nacional), que editó el semanario Política y la revista Izquierda Nacional. En esos años fue un incansable editor: Coyoacán, Pampa y Cielo, Rancagua, Mar Dulce, etc., son solo algunos de los sellos editoriales en los cuales aparecieron varios textos de su autoría y el de otros compañeros de ruta. En trabajos como Ejército y semicolonias (1968) y La lucha por un partido revolucionario (1964) polemizó con Milcíades Peña sobre la cuestión nacional, el marxismo y el peronismo. El listado de sus trabajos es realmente extenso: Historia política del Ejército Argentino (1959), El Partido Comunista en la política argentina (1962), Historia de la Nación Latinoamericana (1969), El marxismo de Indias (1973), etc. En 1973 conformó el FIP (Frente de Izquierda Popular), que apoyó, con boleta propia, la candidatura de Perón. Luego de la muerte del general Perón, prestó un apoyo crítico al gobierno de Isabel Perón. En 1982 se pronunció a favor de la invasión a las islas Malvinas. Desde 1983 hasta su muerte se profundizaría su proceso de mimetización con el peronismo. Mantuvo algunos vínculos con sectores carapintados del Ejército Argentino. En 1991 fue designado embajador en México por el

gobierno de Carlos Menen. A los dos años renunció a la delegación. Falleció en Buenos Aires en 1994.

Milcíades Viriato Peña nació en la ciudad de La Plata en 1933. Fue un historiador, ensayista político y militante de izquierda de orientación trotskista. Ingresó, en los años cuarenta, a las juventudes socialistas de La Plata; poco después, hacia 1947, con Ángel Bengoechea, Horacio Lagar, Saúl Hecker y Alberto Pla, entre otros, pasó a formar parte del GOM (Grupo Obrero Marxista), espacio de orientación trotskista liderado por Nahuel Moreno. En 1951, con tan solo dieciocho años, comenzó a publicar sus primeros artículos en la publicación partidaria Frente Proletario. Lo hacía con el seudónimo de Hermes Radio. En el mismo año dictó un curso de lectura de El Capital. Hacia 1952 tomó distancia de la agrupación a cuyo frente estaba Nahuel Moreno y se concentró en el estudio, pero regresó en 1954. Publicó algunos artículos en el periódico partidario La Verdad, que editaba la fracción interna de Moreno en el seno del Partido Socialista de la Revolución Nacional. Desde esas páginas llamó a la resistencia contra el golpe de 1955. Entre ese año y 1957 se concentró en la elaboración de dos obras de largo aliento: por una parte, un análisis marxista de la formación social argentina, su estructura de clases y su peculiar desarrollo industrial; por otra, una historia argentina de inspiración materialista que comenzaba con la colonización española y concluía en el golpe militar de 1955. Entre 1957 y 1958 editó, con Nahuel Moreno, la revista Estrategia en la cual participaban otros referentes de la izquierda intelectual como Silvio Frondizi, Rodolfo Puiggrós, Luis Franco, Carlos Astrada y Enrique Rivera. Allí publicó partes de sus estudios sobre la industrialización, el imperialismo y la clase dominante argentina y mantuvo una fuerte polémica con Jorge Abelardo Ramos. Luego colaboró estrechamente con la publicación de una fracción sindical trotskista llamada Liberación Nacional y Social (1960-1961) en la que abordó el significado del 17 de octubre de 1945. Para Milcíades Peña, los trabajadores no se habían movilizado como clase, ni habían empleado métodos revolucionarios, ni se habían conducido con una dirección propia, «sino sirviendo de masa de maniobra, disciplinada y obediente, a los generales, los burócratas, los políticos burgueses, los curas y los jefes de policía». En 1963 lanzó con el apoyo de un equipo integrado, entre otros, por Jorge Schvarzer, Jose D. Speroni, Manuel López Blanco y Luis Franco, la revista Fichas de Investigación Económica y Social (1964-1966), una de las publicaciones más emblemáticas de la nueva izquierda en los años sesenta. En esa publicación avanzó en los tramos de sus libros inéditos, desarrollando originales tesis sobre la industrialización argentina y el capital imperialista, la clase obrera y el peronismo o los vínculos entre la burguesía terrateniente y la burguesía industrial argentina. Confrontó con Gino Germani y, en especial, con las posiciones de Jorge Abelardo Ramos. Su pensamiento se reuniría, póstumamente, en el libro Industria, burguesía industrial y liberación nacional (1974). Se suicidó en diciembre de 1965 en su estudio de la calle Suipacha. Sus amigos, Jorge Schvarzer y Luis Franco, trabajaron sobre los manuscritos dejados por Peña con el objeto de publicar, entre fines de los años sesenta y principios de los setenta, su Historia del Pueblo Argentino. Muchos de estos trabajos salieron con el sello de la editorial Fichas[14].

ANOTACIONES AL MARGEN (1)

Antes de pasar a los otros tópicos a desarrollar es necesario hacer una breve digresión sobre la discusión central de este trabajo. El gran aporte intelectual de Ramos fue el siguiente: el estallido de las revoluciones en la periferia y no, como se esperaba, en los países centrales no invalidaba a Marx, sino que lo enriquecía. Este dato de la realidad dio lugar al surgimiento de nuevos problemas, a los cuales solo la teoría marxista podía ofrecer las claves para su interpretación y solución. Ramos buscó en los textos de Marx, Engels, Lenin y Trotsky el apoyo teórico para comprender el carácter de los movimientos nacionales en el tercer mundo. Él veía a esos movimientos como los sujetos que realizarían las tareas que las conscientes burguesías europeas habían ejecutado en el pasado. Además, el carácter dependiente de los países latinoamericanos y el de los demás integrantes de ese diverso Tercer Mundo exigía, en primer término, la conformación de grandes frentes nacionales que terminaran con la dependencia política y económica. La contradicción del marxismo clásico entre la burguesía y el proletariado se veía desplazada por la que oponía la liberación nacional a la dependencia semicolonial. Fue esta visión la que le hizo celebrar el apoyo de León Trotsky a Lázaro Cárdenas cuando el líder mexicano resolviera la nacionalización del petróleo. Lenin y Trotsky, repetía Ramos, incansable, habían sabido apreciar la cualitativa diferencia que existe entre el nacionalismo de los países opresores y el nacionalismo de los países oprimidos. Este análisis contribuyó a nacionalizar el marxismo en el ámbito local. Produjo el nacimiento de una corriente de izquierda que vio al peronismo argentino como uno más de esos movimientos de masas que se merecía el respaldo de todo marxista honesto que hubiera comprendido la realidad de estos países y que, sobre todo, hubiera realizado una lectura crítica de los textos de los padres fundadores. Una voz que no compartía las posiciones de la vieja izquierda socialista y comunista, que trataba de comprender al peronismo y que hasta lo situaba en un camino que debía conducir al socialismo. De lo que se trataba era de mantener la identidad socialista, de acompañar todos los avances de los Movimientos Nacionales. Esta política permitiría la conformación de un ala izquierda que en el futuro debería liderar el frente nacional para plantearse tareas que fueran más allá de la independencia política y económica. Ramos proponía recuperar el marxismo para que le sirviera a la realidad del país, liberarlo del corsé en el que lo había metido el socialismo tradicional y el comunismo estalinista. Su objetivo era un marxismo para latinoamericanos, tal como había titulado a uno de sus muchos libros. Y este marxismo se volvió atractivo para los sectores medios del peronismo y para quienes en los años sesenta comenzaron a ver con otros ojos la década justicialista. Las ideas de Ramos, expuestas en libros escritos con un estilo que combinaba la buena divulgación con la pasión de un militante, tuvieron, quizá, una influencia superior a su correlato político. La gravitación de su pensamiento en quienes, con el paso de los años y desde el interior del propio peronismo, empezasen a concebir reformas más radicales es algo que reclama un estudio profundo de un momento de gran efervescencia política. También es justo decir que él no estuvo solo en la tarea de liberar a las palabras socialista, marxista y comunista de sus más nefastas asociaciones. Su obra tiene muchos puntos de contacto con la de Juan José Hernández Arregui, Rodolfo Puiggrós, Juan José Real, John William Cooke y otros. Y algunos de estos

nombres, Puiggrós o Real por ejemplo, revelan el impacto de la experiencia peronista en quienes habían militado en los partidos de la vieja izquierda.

Sin estas consideraciones previas no se entiende la virulencia con la que, en algunas ocasiones, Ramos cuestionó la visión de Milcíades Peña. Pero no hay que olvidarse el vocabulario con el que Rodolfo Ghioldi o Victorio Codovilla se habían referido al peronismo. Y Ramos había encontrado muchas cosas positivas en el bonapartismo peronista.

También es justo decir que tuvieron importantes coincidencias. Una breve enumeración de estas nos permite señalar los siguientes puntos:

- 1) En la caracterización de la Argentina como país semicolonial.
- 2) En la necesidad de expropiar a la clase terrateniente, que ambos consideraron parasitaria.
- 3) En la crítica al Partido Comunista y al Partido Socialista como pertenecientes a la constelación de la partidocracia liberal.
- 4) En la caracterización del peronismo como un movimiento bonapartista. La diferencia residía en que para Peña ese bonapartismo estaba conformado por un conjunto de clases y grupos que deseaban perpetuar el carácter proinglés de la dependencia argentina. Para Ramos, en cambio, la misma conformación policlasista liderada por el Ejército era inequívocamente antibritánica y expresaba un nacionalismo progresivo.
- 5) En la elección de los textos y autores marxistas. Esto es indicativo de lo que podemos designar con el nombre de pugna interpretativa.
- 6) En la necesidad de crear un partido revolucionario de la clase obrera y en la consideración del peronismo como un Movimiento Nacionalista Burgués.
- 7) En la visión de los terratenientes como capitalistas y no como burgueses en el sentido moderno del término. Mientras Ramos sostenía que la oligarquía derrocó a Perón, porque este no modificó su base de sustentación material, Peña dirá que no lo hizo porque el régimen peronista siempre estuvo vinculado con la estructura oligárquica.
- 8) En la búsqueda de respuestas propias, nacidas del estudio y la comprensión de las peculiaridades del país sin esperar que todas las respuestas estén dadas por los textos de los maestros del socialismo.

En conclusión: mientras Milcíades Peña fue lo más parecido a un historiador moderno por su gran capacidad de análisis, su metodología y el manejo de fuentes e hipótesis (Juan Carlos Portantiero, Jorge Schvarzer, Peter Waldman, Daniel James son,

por citar solo a algunos, deudores de Peña), Jorge Abelardo Ramos, a pesar de su perfil menos académico, tuvo mayor impacto en el peronismo y en la universidad de los años sesenta y setenta. Para intelectuales como Ernesto Laclau, Ramos fue el «más grande ensayista de la segunda mitad del siglo XX en adelante en la Argentina»[15]. Hilda Sabato y Alejandro Horowicz se iniciaron política e intelectualmente con él. La mayor parte de su obra apareció en el tiempo de la denominada peronización de los sectores medios, un momento favorable para realizar una valoración crítica del peronismo que diera cuenta de todo lo bueno que había hecho y que señalara algunas de sus fundamentales limitaciones. Milcíades Peña, en cambio, fue rescatado, especialmente, por la militancia de la extrema izquierda. Pero al romper con Nahuel Moreno (por su apoyo crítico al peronismo en el marco de la estrategia del entrismo), se quedó políticamente solo. Y hoy, más allá de sus intenciones, sus tesis suscitan la atención de los grupos académicos[16]. No es para menos. En *Industria, Burguesía Industrial y Liberación Nacional*, que está en la base de la discusión con Ramos, Peña analizó, pormenorizadamente, el anuario de la Sociedad Rural Argentina, el Censo Nacional Agropecuario, la Guía Industrial, las actas de Sociedades Anónimas, el Diario de Sesiones del Congreso, materiales de las cancillerías inglesas y americanas, las actas de la UIA y de la CGE, la documentación de los dos planes quinquenales, del Concejo Federal de Inversiones, las Memorias del Concejo Industrial Siderúrgico, los informes de la CEPAL y del BAPRO, diversos informes del comercio exterior argentino, publicaciones de la cámara metalúrgica, etc. A todo lo anterior, le sumó una gran bibliografía sobre el tema (Giberti, Dorfmann, Di Tella, Taylor, Ferns, etc.), mucha de ella en inglés, más los textos clásicos del marxismo. Además, fue muy enfático en destacar algo que hoy forma parte del patrimonio común de los investigadores: el difícil acceso a las fuentes empresariales. Es pertinente preguntarse: ¿cuántos historiadores existen hoy, menores de treinta años, que puedan exhibir semejante capacidad de trabajo?

D) EL TELÓN DE FONDO: LA CUESTIÓN NACIONAL.

Antes de pasar a la discusión propiamente dicha, es necesario hacer referencia al tema de la Cuestión Nacional en la teoría marxista. Esta ofició de red abarcadora de la temática abordada.

Entre 1870 y 1914, durante el periodo histórico de la paz armada, el imperialismo y la expansión colonial marcaron los tiempos del panorama mundial. Luego del Congreso de Berlín (1885), el sistema capitalista, basado en su estructura monopólica, comienza a imponerse sobre el mundo colonial y neocolonial. América Latina, Asia y África formaron parte del tablero de la política de las grandes potencias. Esto no evitó la feroz competencia entre ellas mismas, concurrencia que en gran parte explica las dos guerras mundiales (1914-1918, 1939-1945). En este marco de referencia, ¿cuál fue el comportamiento de los partidos de la clase obrera a nivel mundial? La respuesta de Federico Engels fue más que sintomática: «la clase obrera inglesa opina sobre la política colonial lo mismo que su clase dominante». Es que en el contexto de la II Internacional, la socialdemocracia europea, sobre todo la alemana, cuyo partido socialista era el más

importante del mundo, no hizo un solo cuestionamiento a la política colonial de los países imperialistas[17]. Recién con Lenin y el grupo bolchevique, que sentaron las bases de lo que sería la III internacional en 1919, el socialismo (en este lugar del globo, no en América Latina) se planteó la Cuestión Nacional cuando definió los nuevos polos de la dicotomía a nivel mundial: la relación entre naciones opresoras y naciones oprimidas. Antes de Lenin, la II Internacional no tuvo nada que decir sobre el mundo colonial. Toda la propuesta, por ejemplo la de los socialistas franceses, se agotaba en afirmar que «la revolución socialista europea es la revolución socialista en el mundo colonial». Y nada más. Lenin marcó un antes y un después con respecto a ese pensamiento cuando propuso que los proletarios y los países oprimidos del mundo debían unirse contra el común enemigo capitalista. Y esta propuesta política era una invitación a reformular la antigua división del marxismo clásico, esto es, el enfrentamiento, a escala planetaria, entre burgueses y proletarios. La revolución socialista se dio en Rusia, China y luego en Cuba, en países que estaban muy lejos de cumplir el prerequisite de un gran desarrollo capitalista como condición ineludible para la instauración del socialismo. En cambio, en los países centrales no había revolución sino lucha democrática.

Y en el resto del mundo, entre los países periféricos como la Argentina, ¿qué ocurría? Nada que se pudiera juzgar relevante. Solo recibía los ecos de un proceso cuyo epicentro estaba en otro lado. Y, además, en la política no parecía haber un lugar claro para las propias fuerzas socialistas. El Partido Socialista tenía una política para la clase obrera de corte claramente economicista, circunscripta a la reivindicación salarial en el marco del universo ideológico liberal. Juan B. Justo, no está demás recordarlo, era un claro defensor del libre comercio. El anarquismo estaba completamente aislado. Carecía de una política unitaria. Este fenómeno tuvo que ver con dos cuestiones claves: en primer término, con la naturaleza de la conceptualización política general y, en segundo lugar, con la particularidad de los prejuicios de las clases dominadas en el horizonte de la clase dominante. En definitiva, con la relación que tenían estos sectores con el bloque social hegemónico y con la política que este ejecutaba.

En la Argentina ese desfase era evidente. Tal es así, que los primeros trabajos sobre la economía y la industria en el país no estuvieron a cargo de estudiosos marxistas. Del tema de los ferrocarriles, por solo citar un tópico angular, no se ocuparon ni Juan B. Justo ni Enrique del Valle Iberlucea, sino Raúl Scalabrini Ortiz y otros estudiosos más o menos cercanos al nacionalismo. En relación con todo esto, dice Alejandro Horowicz:

Si bien no es el trabajo de un marxista, pero sí el de un investigador muy serio sobre un tema. Aparte, los marxistas no estudian esto, porque estaban en otra cosa. Es un mal momento para el marxismo en la Argentina. ¿Cómo se puede desarrollar, en un país del siglo XIX, un marxismo del siglo XX, que era Lenin? Ahí está el problema, es incomprensible, acá no significa nada. Esto recién va a poder desarrollarse después de la II Guerra Mundial. No había posibilidades de funcionar de otra manera[18].

Ya veremos cómo, más allá de algunos antecedentes, fue recién con el peronismo donde estas problemáticas se cristalizaron. Yrigoyen y Alvear, por citar solo dos nombres

del período previo a la aparición del peronismo, no fueron presidentes del siglo XX, sino del XIX. El primer presidente del siglo XX fue Perón. El peronismo fue la modernidad en la Argentina: industria, obreros, sindicatos, ejército, fábricas, etc., se desarrollaron con él en el poder o en el contexto inmediato de su surgimiento histórico y en poco tiempo se transformaron en elementos clave de todo su accionar político. Se puede estar más o menos de acuerdo con el tipo de vínculo que tuvieron con el gobierno y en particular con el general Perón, pero es innegable que le dieron un nuevo rumbo a la política argentina. Por esto mismo, el tema de la Cuestión Nacional recobró su verdadera dimensión después del año 1945 (no solo en la Argentina). No es que la clase obrera o el Ejército nacieran con el peronismo, sino que jugaron un nuevo papel en la confrontación de este con las antiguas fuerzas dominantes de la Argentina agroexportadora.

Algunas preguntas se vuelven inevitables: ¿Qué ocurría con la burguesía nacional-industrial? ¿Se podía, en realidad, hablar de una burguesía industrial con clara conciencia de su papel histórico? ¿Qué política debía seguir la izquierda, como situarse frente a un proceso que mejoraba notablemente la calidad de vida de las grandes mayorías y que contaba con el particular respaldo de la joven clase obrera y de sus sindicatos? ¿Podrían, los padres del marxismo, arrojar un poco de luz sobre un proceso que parecía destinado a cambiar significativamente a la Argentina?

UN ANTECEDENTE: LA DISCUSIÓN JUSTO-GALLO

En los años treinta, dos intelectuales y dirigentes políticos vinculados al trotskismo protagonizaron en la Argentina una polémica cuyo verdadero alcance se hizo sentir cuando ya habían pasado más de veinte años de ocurrida, cuando la experiencia peronista comenzó a interpelar a otros sectores políticos y sociales y sobre todo cuando las condiciones se volvieron más propicias para darle curso a una discusión que había tenido lugar en un momento en el que aquellas no estaban lo suficientemente maduras. La referencia a esta polémica reside en el hecho de que Ramos y Peña volverían sobre algunos de sus contenidos. Los contendientes fueron Liborio Justo (Quebracho) y Antonio Gallo[19]. En esos primeros grupos trotskistas, ellos se destacaron por el tratamiento que le dieron a la Cuestión Nacional, asunto cuyo abordaje resultaba ineludible porque el carácter de la revolución dependería de la posición que se adoptase frente a ella. Si sería democrática-nacional o nacional-burguesa (independencia nacional, democracia, reforma agraria, industrialización, etc.) o directamente socialista. Sostiene Horacio Tarcus:

Gallo había señalado el carácter capitalista de la formación social argentina, al calificarla como una semicolonía avanzada, cuya dinámica histórico-política estaba determinada por el antagonismo de clase entre burguesía y proletariado. De esas ideas se desprendía que el carácter de la revolución en la Argentina debía ser socialista [20].

Para Antonio Gallo, la clase dirigente argentina había nacido cuando la burguesía mundial ya había perdido su carácter revolucionario y, por tanto, «las tareas

incumplidas» de la revolución democrático-burguesa no constituían su objetivo; era el proletariado el que debería incorporarlas a su programa de revolución socialista. Sigue Tarcus:

En contrario, Justo había presentado a la Argentina como un país semicolonial dominado por el imperialismo con la avenencia de las clases dirigentes nativas. El predominio de la oligarquía ganadera y de la burguesía comercial, junto a la inexistencia de una verdadera burguesía industrial, hacían recaer en el proletariado, según su parecer, el liderazgo de un futuro frente del pueblo, que iba a luchar por la emancipación nacional con miras al socialismo [21].

El argumento de Guillermina Georgieff es muy pertinente al respecto:

A partir de esa discusión entre Gallo y Justo el debate liberación nacional-socialismo partió aguas en las filas del trotskismo argentino. La clave de lectura de la “revolución permanente” de Gallo, precisó la posición clasista, en tanto que Justo realizó una interpretación en clave de liberación nacional acercando el trotskismo al nacionalismo [22].

En líneas generales, se puede sostener que Milcíades Peña estaría más cerca de las posiciones de Antonio Gallo y Jorge Abelardo Ramos de las de Liborio Justo. Los terrenos parecían bien marcados.

ANOTACIONES AL MARGEN (2)

La pregunta esencial del imaginario histórico trotskista circulaba alrededor de la noción de Revolución Permanente. León Trotsky ya había formulado esta teoría para Rusia en 1904 y luego definió en un libro aparecido en el año 1928 y titulado, precisamente, La Revolución Permanente, una posición contraria a la Tercera Internacional hegemonizada por el estalinismo. Trotsky pensaba que la revolución debía ser internacional, que solo en su extensión a los países avanzados estaría la certeza de su consolidación.

La segunda tesis del mencionado libro afirmaba que en los países atrasados las tareas históricas de la burguesía solo podrían ser llevadas a cabo por la clase obrera. La debilidad estructural de las burguesías en los países dependientes no podía tenerla al frente de un proceso que debería culminar con el triunfo del socialismo. Sin embargo, el pensamiento de Trotsky no dejará de conocer nuevos giros, de plantear, sin cesar, nuevos desafíos. En el marco del surgimiento de la Cuarta Internacional y de la formulación del Programa de Transición, en 1938, surgieron nuevas perspectivas. Omar Acha, al respecto, afirma:

De acuerdo al citado Programa, después de la Primera Guerra Mundial, la fuerzas productivas del capitalismo se estancan, la burguesía malogra su progresividad y temerosa de la revolución proletaria se alía con las fuerzas reaccionarias [...] el único sujeto social y político que puede detener el declive hacia la barbarie es la clase obrera. A eso se añade que en los países coloniales o semicoloniales las burguesías locales carecen de cualquier vocación de conducir la lucha de liberación nacional o democrática. Trotsky admite que si lo hicieran habría que apoyarlas ante el previsible contraataque imperialista, pero su desconfianza prima sobre la concesión de crédito político al nacionalismo burgués [23].

Sin embargo, como ya dijimos líneas arriba, las medidas expropiatorias del gobierno de Lázaro Cárdenas en México recibieron el entusiasta apoyo del teórico soviético. Recalcó la progresividad histórica que tales medidas conllevaban. Incluso, no dejó ningún tipo de duda cuando afirmó que ante la agresión imperialista contra gobiernos latinoamericanos calificados de “fascistas”, la posición correcta de los marxistas la representarían aquellos que, sin resignar su independencia, brindaran su apoyo a esos gobiernos. Sigue Acha:

La ambigüedad que autoriza la compleja y matizada perspectiva de Trotsky alimenta, al menos, dos estrategias. La primera encalla en la Izquierda Nacional y su apoyo crítico al peronismo. La segunda se traduce historiográficamente en una crítica de las clases dominantes y en la explicación de por qué nunca se comprometen con el logro de una efectiva liberación nacional y el desarrollo de un capitalismo progresivo[24].

REPERCUSIONES

Después de 1945, Ramos expresó en diversos artículos aparecidos en la revista Octubre la diferencia de perspectiva entre países opresores y oprimidos; lo hizo apoyándose en textos de Lenin, Trotsky y en las posiciones de los cuatro primeros congresos de la Tercera Internacional. Al privilegiar la contradicción entre nación semicolonizada e imperialismo, Ramos desplazó la eficacia de la política de clase a un segundo plano, tergiversando los planteos de las fuentes por él citadas. Esta operación lo llevó a formular la necesidad de una Liberación Nacional, cuyos límites se señalaban, pero en los cuales Ramos oscilaba permanentemente.

Milcíades Peña heredó, de manera desigual, las nociones provenientes del trotskismo. Lo hizo en el marco de su conflictiva relación con Nahuel Moreno, quien impulsaba una estrategia de «entrismo», de lenta penetración hacia el interior del movimiento obrero peronista después de 1955. Si la primera indicación del Programa de Transición fue útil para rastrear las contrariedades del desarrollo de las fuerzas productivas durante la historia económica de la Argentina contemporánea, la segunda fue la más cuestionada por Peña a la luz de la experiencia peronista.

Tanto Peña como Ramos sostenían que no se podían utilizar los viejos textos marxistas para justificar cualquier posición sobre el presente que los dividía. Sin embargo, hasta cierto punto, ellos infligieron esa regla. Porque fue el peronismo el que, en realidad, los llevó a confrontar más que las respectivas exégesis que ellos hicieron de las posiciones de Marx, Engels o de otros revolucionarios rusos. Para ser claros: fue la valoración del peronismo la que determinó la lectura de los textos marxistas y no estos los que condicionaron la percepción del primero.

d) La discusión Ramos-Peña en torno a la burguesía industrial y el peronismo. Fragmentos de una perspectiva historiográfica. El marco de la discusión.

En 1964, Jorge Abelardo Ramos publicó *La lucha por un partido revolucionario* [25], un texto que contiene una serie de artículos publicados en las revistas partidarias *Izquierda*, *Política* e *Izquierda Nacional*. En esta última, en el número 5 de febrero de ese año, en un artículo titulado *La Cuestión Nacional y el Marxismo*, Ramos abrió la discusión en forma directa y hasta bien entrados los años setenta, en gran cantidad de artículos y textos, mantendría sobre este tema la misma posición [26]. No era difícil encontrar en estos escritos referencias más o menos explícitas al pensamiento de Milcíades Peña, aun después de que este hubiera fallecido. La reconstrucción de estos itinerarios desbordaría los límites de este trabajo.

En ese mismo año, Peña le respondió largamente en cuatro números sucesivos de la revista *Fichas* (4, 5, 6 y 8). La posición que este sostenía pasó a constituir una suerte de respuesta sistemática del trotskismo argentino a la izquierda nacional.

Antes de proseguir, nos parece necesario hacer una referencia a la importancia de la revista *Fichas*, publicación que sigue suscitando el interés del mundo académico. En este sentido, dice Tarcus:

El primer número, particularmente compacto y fuertemente polémico, agotó en poco tiempo los cinco mil ejemplares de su tiraje. Ganó desde entonces lectores fieles y enemigos acérrimos. El mundo académico guardó silencio ante los ataques de un outsider, pero consumió Fichas, provechosamente. Los sectores más intelectualizados de la izquierda, desde los comunistas hasta los trotskistas, la siguieron con atención [27].

LA POSICIÓN DE RAMOS

La postura de Ramos, su defensa del peronismo desde la perspectiva de la Cuestión Nacional, puede leerse en varios de sus trabajos [28]. Brevemente expuesta, sostiene lo siguiente: en los países semicoloniales como la Argentina, con una burguesía débil, sin una clara conciencia de clase por su reciente constitución histórica y por las particularidades de la formación económico-social del país, la realización de las tareas burguesas, el desarrollo de un capitalismo nacional, son fundamentales en el camino hacia el socialismo. En el caso argentino, a partir de 1943, estas tareas no fueron asumidas por la burguesía industrial sino por un sector social que cumplió un papel sustitutorio: el Ejército Argentino. Este fue el verdadero partido político de la burguesía argentina. A este se le sumaron la burocracia estatal, sectores de la pequeña burguesía agraria, la policía y, por supuesto, la clase obrera. Para Ramos, la Iglesia no aparece como un factor clave en esta alianza. El resultante régimen bonapartista estaba basado en un frente de clases bastante inestable por el contenido burgués de su política. Burgués pero necesario. En este esquema, con esta relación de fuerzas, la clase obrera debía ser parte fundamental de esta alianza en su lucha contra el imperialismo y a favor del desarrollo de las fuerzas productivas. Muy tempranamente, Ramos aclaraba su posición en la revista *Octubre*: «El partido proletario no otorga, en este caso, una carta de crédito político a la burguesía, sino que apoya con sus propios métodos cada acto que, a su juicio, justifique un golpe contra el imperialismo» [29]. Él pensaba que había sectores de la burguesía industrial y de la pequeña burguesía que se

habían formado gracias a las políticas industrialistas del peronismo. Estos nuevos industriales (muchos de ellos vinculados a la mediana industria como Miguel Miranda o Rolando Lagomarsino), representaban un nuevo ascenso social y expresaban, más allá de sus debilidades, una política nacional que padecía la abierta hostilidad del imperialismo y la de las clases de la vieja Argentina oligárquica. Ramos lo expresó con énfasis:

Incluso en el proletariado, tanto más en las restantes clases populares, el tránsito del nacionalismo burgués a una política socialista revolucionaria se da como superación y ahondamiento de las posibilidades nacionales. A su vez, estas, en su inmediatez, solo pueden ser "burguesas", es decir, resolverse en un fortalecimiento y en un predominio de la burguesía nacional. Nos referimos, principalmente, a los programas del nacionalismo militar, de los movimientos de la pequeña burguesía nacionalista, al bonapartismo y al reformismo político y sindical de la clase obrera [...] Entre el yrigoyenismo y el peronismo, el salto en calidad reside en el paso de un nuevo nacionalismo defensivo hacia un proyecto de nacionalismo industrial orgánico [30].

Para Ramos, la burguesía semicolonial se había formado como resultado directo de la crisis del sistema capitalista mundial y si bien estaba ligada desde sus orígenes al capital extranjero, eso no impidió que sus intereses chocaran frecuentemente con los del imperialismo. Por esto solía repetir que los intereses de la burguesía no se manifiestan a través de la burguesía misma sino que encuentran su expresión en los movimientos nacionales[31]. Y en el seno de estos movimientos nacionales, en el caso del peronismo, fue el Ejército el que jugó un papel clave en todo el proceso. Su política industrialista era nodal para Ramos, sobre todo el Plan Savio y el desarrollo de la industria pesada. De ahí su apoyo a los dos planes quinquenales que, para Peña, no habían sido tan importantes[32]. Afirma Ernesto Laclau:

La unificación de Alemania y la constitución del proceso del capitalismo alemán, no fue llevada a cabo por la burguesía, sino por un grupo sustitutivo, que fueron el ejército prusiano en alianza con los junkers, unificados por el bismarckismo. Entonces, ya aquí hay una excepcionalidad, caracterizada por un grupo que sustituye a una burguesía débil en su tarea histórica. Esto tuvo una enorme importancia en el pensamiento de Ramos. Este pensaba que el modelo de los levantamientos españoles en el siglo XIX era un modelo que se iba a repetir en el caso de América Latina [...] De otro lado, Ramos entendió perfectamente bien cuál era el proceso que se estaba dando en la Argentina, es decir, no confundió el liberalismo oligárquico con una burguesía nacional, sino que comprendió donde estaba la burguesía nacional, cuál era el papel histórico de las Fuerzas Armadas en 1945 y cuál fue el significado histórico del peronismo[33].

Desde esta perspectiva, Ramos veía a los enemigos de la burguesía nacional como expresiones de lo que él llamaba «cipayismo antinacional». Milcíades Peña era un integrante más de esa constelación enemiga a la que nunca le faltaba una expresión de izquierda. Sin embargo, es necesario identificar correctamente las posiciones de Ramos contra Peña. Luego de sostener que la revista Fichas era un compendio de todas las «inepcias antimarxistas de tres cuartos de siglo», pasó a citarlas por orden:

- 1) Desconocer el carácter semicolonial de la Argentina.
- 2) Atribuir a su industria una dependencia completa del capital imperialista.

- 3) Negar, en consecuencia, todo nacionalismo a la burguesía industrial o al movimiento nacional burgués.
- 4) Negar toda divergencia entre terratenientes e industriales.
- 5) Negar toda movilidad social en la industria o, en lenguaje más simple, afirmar que la inmensa mayoría de los directivos industriales son actualmente los mismos que dirigían las industrias antes de 1946.
- 6) Afirmar que la oligarquía agropecuaria fue la más enérgica promotora de la industrialización argentina.
- 7) Negar, además, que el gobierno de Perón propulsó la industrialización.
- 8) Negar la existencia, en la política argentina, de una política nacional entre los diversos grupos de la clase dominante. Cada uno de ellos sería servidor de uno u otro imperialismo extranjero [34].

Para Ramos, la Argentina de 1964 no había cambiado, esencialmente, el carácter histórico-social que le había atribuido Lenin: su condición semicolonial. Su burguesía nacional fue el fruto de la crisis imperialista, pero a pesar de su debilidad estructural y de su reciente emergencia histórica tiene intereses contrarios a los del bloque agrario-imperialista. Para él, Peña no tuvo debidamente en cuenta el hecho de que en los bonapartismos latinoamericanos fue el Ejército el que, según sus palabras, «subrogó a la burguesía especuladora y rapaz» para darle al Estado una orientación nacional-burguesa. La confusión de Peña, según Ramos, es atribuible a su perspectiva socialista cipaya y a su consecuente antiperonismo, factores que lo llevaron a la «idealización de la oligarquía». Para Peña, «el gobierno ganadero defiende a la industria y el gobierno industrialista la sume en la decadencia»[35]. Y retomando los argumentos que otrora esbozara Liborio Justo, concluye que «la perspectiva de la Revolución Socialista que se desprende del planteo de Fichas, de la lucha simultánea contra el enemigo interno (burguesía) y externo (imperialismo), al colocar en el mismo plano al país opresor y al país oprimido, bloquea las posibilidades de consolidar el Frente Nacional»[36].

ANOTACIONES AL MARGEN (3)

Tanto Ramos como Peña nunca salieron del esquema del marxismo clásico. En dicho marco interpretativo estaba todo claro: el capitalismo tenía los días contados, la confianza en el papel del proletariado jamás estuvo en discusión, las contradicciones de las fuerzas productivas harían saltar todo por los aires y la necesidad de crear un partido obrero revolucionario que conquistara el poder para instaurar el socialismo formaban parte de un conjunto de convicciones irrenunciables. Por si esto fuera poco, después de la Revolución de Octubre de 1917, el marxismo comenzó a plantear que la revolución podía darse en los países de insuficiente desarrollo económico. En esta línea, Trotsky pensó la teoría del desarrollo combinado, que en la Argentina siguieron Peña y Ramos. Él decía que la única

forma de avanzar en el proceso revolucionario era pasar de la etapa democrático burguesa de la revolución a la etapa socialista. Después, el proceso empezó a ser más complejo. En los años veinte y treinta se comenzó a hablar del desarrollo desigual y combinado. Además, distintos escenarios permitían comprobar que la mezcla de etapas, tareas y agentes no era solo una peculiaridad rusa, sino que afectaba a todo el mundo capitalista. En aquellos años treinta, Trotsky sostuvo que el desarrollo desigual y combinado era la «condición histórica de todas las luchas sociales contemporáneas». Es decir, una combinación heterodoxa entre tareas y agentes. Ahora bien, si todos los desarrollos van a ser heterodoxos, ¿cómo sería un desarrollo normal? Ernesto Laclau piensa lo siguiente:

El que va a sacar las consecuencias de todo este análisis va a ser Gramsci. Él va a decir que las naturalezas de los agentes sociales se modifican acorde a las tareas que ellos asuman. Y no va a hablar más de clases en el sentido marxista clásico, sino de voluntades colectivas. Estas voluntades se van a dar en un aglutinamiento sobre la base de una serie de tareas, cuya naturaleza social es indeterminada y que estará marcada por el proceso de articulación política. Todas las categorías que el «gramscismo» va a introducir: bloque histórico, guerra de posiciones, hegemonía, voluntad colectiva, reforma intelectual y moral, etc. van a elevar al pensamiento marxista más allá de los límites en que la Segunda y Tercera Internacional lo habían planteado. Si pasamos de este análisis al caso argentino y de la izquierda nacional, vemos que el pensamiento de Ramos avanzó en una serie de direcciones en relación a lo que era el pensamiento marxista clásico en la Argentina [37].

¿Dónde estaba el límite en el pensamiento de Ramos y también en el de Peña? En que ninguno de los dos pudo abandonar el esquema de la Revolución Permanente, aunque Horacio Tarcus sugiera lo contrario con respecto a Peña. El análisis que ellos hicieron de la caída de Perón era bastante similar: la derrota de 1955 tenía en las banderas burguesas que el peronismo había enarbolado un límite que solo hubiera podido ser traspasado por la organización revolucionaria de la clase obrera. Y ahí hay un mecanicismo por el cual el partido obrero, en el sentido leninista y trotskista, seguía siendo un postulado esencial de todo el análisis. Ramos y Peña jamás pasaron de una etapa trotskista a una gramsciana. Este último señalamiento no tiene por objeto constituirse en una posición política sino señalar un problema teórico que afectó a ambas visiones [38].



Milcíades Peña

E) LA RESPUESTA DE PEÑA

EL PERONISMO

Antes de pasar a ocuparnos de la contestación de Milcíades Peña a Jorge Abelardo Ramos, es necesario sintetizar la posición del primero en relación con el peronismo, porque toda la discusión estuvo fuertemente determinada por este.

Peña pensaba que el bloque de las clases dominantes en la Argentina del siglo XX no constituía un grupo homogéneo. Existían conflictos y disputas que no habían pasado de cierto nivel y que, en lo fundamental, giraban en torno al reparto de la renta agraria. Esto definía los enfrentamientos entre proteccionistas y librecambistas. El bloque terrateniente (invernadores y criadores) estaba vinculado con una extensa red de comerciantes e intermediarios profundamente relacionados con Gran Bretaña. En el seno de este grupo, entre los años veinte y treinta, se fue gestando una burguesía industrial que estaba atada al bloque terrateniente y que, para su desarrollo, necesitaba del funcionamiento del modelo agroexportador. Él pensaba que esta burguesía industrial, a diferencia de sus pares inglesas, francesas y norteamericanas, nunca había constituido una clase autónoma con suficiente conciencia de clase como para liderar un proyecto propio de acumulación capitalista que hiciera realidad el desarrollo de la Argentina. Ligada a las mismas limitaciones de la clase terrateniente, su vinculación con el capital extranjero, primero inglés y luego americano, (por ejemplo, en las importaciones de insumos y bienes de capital) fueron una marca

indeleble que condicionó su comportamiento. El peronismo no modificó esta situación sino que mantuvo intactos los mecanismos de la dependencia argentina [39]. Desde esta perspectiva, para Peña, apoyar al peronismo significaba «atar la suerte del país al destino burgués». Era no realizar la Nación, ni mucho menos, el Socialismo.

En los años treinta el bloque dominante intentó implementar una serie de medidas políticas con el objeto de mantener, en primer lugar, la relación con Gran Bretaña (el Pacto Roca-Runciman del año 1933 es un claro ejemplo de esta política). Pero también es verdad que un sector de la clase dominante apuntaba a establecer puentes cada vez más estrechos con el capital americano. Este fue el contexto del plan Pinedo del año 1933 que, para Peña, luego sería llevado a cabo por el peronismo. Dicho plan tenía tres ejes, familiares en la década posterior: nacionalización de los ferrocarriles y de los depósitos bancarios y creación de un banco industrial[40]. Si bien era un proyecto proinglés, Peña pensaba que Pinedo se contaba entre los pocos que había comprendido que el capital americano sería el único capaz de salvar de la crisis al capitalismo argentino. Él tuvo el respaldo de los industriales vinculados con esos intereses. El plan, finalmente, no pudo implementarse porque el golpe de 1943 lo abortó. Para Peña esto demostró dos cosas: primero, el carácter proinglés del golpe[41] (en línea con las tesis de Nahuel Moreno) y luego, la ausencia de vocación dirigente de la clase dominante argentina. De esta forma se inauguró lo que él designó con el nombre de gobierno bonapartista de los estancieros. Peña deduce que «el régimen surgido de este Golpe de Estado configuraba un gobierno bonapartista que no representaba a ninguna clase, grupo de clases o imperialismos. Su apoyo directo lo hallaba en las fuerzas del orden: Ejército, burocracia, policía y clero»[42]. Un gobierno así, sostenía, no podía menos que servir a la clase dominante, especialmente a su sector más fuerte, a los estancieros y al imperialismo inglés[43]. El bonapartismo, al preservar el orden burgués, privó a la clase obrera de obtener la conciencia de clase que le permitiría organizarse autónomamente. Peña no tenía dudas de que había sido la clase obrera la que había salido a la calle el 17 de octubre de 1945, pero «una movilización de obreros respaldada por la policía para apoyar a un candidato burgués no es una movilización obrera de clase, ni por sus métodos, ni por sus objetivos»[44]. Se inició así lo que él llamó «el gobierno del como si». Sobre los planes quinquenales su posición también fue implacable: «Los planes quinquenales consistían, en esencia, en una recopilación de planes inconexos, reunidos con fines de propaganda más que de desarrollo económico y cuyo punto de partida era la propiedad privada capitalista y la estructura de clases que frena el desarrollo del país»[45]. Prueba de esto es que hasta 1955, según datos de la CGE y de la CEPAL, el producto por habitante permaneció en el mismo nivel de 1948 y otro tanto ocurrió con el volumen de la producción industrial per cápita y con la acumulación de capital por habitante[46].

A partir de 1952, el valor de las exportaciones decayó, los términos del intercambio se deterioraron, el mercado interno se contrajo y disminuyó la producción industrial. El gobierno peronista vaciló entre una política proteccionista sobre determinados insumos importados y la tímida apertura al capital extranjero. El viaje de Ramón Cereijo a

los Estados Unidos en 1950, la ley de radicación de capitales extranjeros, los acuerdos con el Exim Bank de 1952, el viaje de Eisenhower y los polémicos contratos con la California en 1954 se sitúan en la línea de la última alternativa señalada[47].

La participación de los obreros en la distribución del ingreso, según Peña, también experimentó una caída. Hasta 1949 esa participación no se había hecho a expensas de la burguesía industrial, sino de los sectores de ingresos fijos de la pequeña burguesía rentística, de los chacareros y de los obreros rurales. A partir de 1953 comenzó a hacerse sentir la presión de la burguesía para que el gobierno reorientara su política hacia el capital extranjero y para que evitara los conflictos sociales. En este marco se creó la CGE que, para Peña, fue uno de los logros de la política oficial. El peronismo que, razonaba, «había surgido en 1945 apoyándose en la clase obrera contra la burguesía nacional y el imperialismo norteamericano, diez años después tendía aceleradamente a adecuarse a las necesidades y exigencias de sus enemigos»[48].

Los datos que mostraba Peña eran sugerentes: en la década comprendida entre los años 1944 y 1954 la Argentina había exportado a Gran Bretaña 16.200 millones de pesos e importado por valor de 8500, contra los respectivos 7100 y 12.700 en la relación con los Estados Unidos. El favorable saldo comercial con Gran Bretaña no era suficiente para cubrir el déficit que existía con los norteamericanos. Por tal motivo, a estos últimos les convenía el golpe. El capital comenzaba a resentirse y a desconfiar del zigzagueante juego bonapartista. Y el conflicto con la Iglesia le proporcionaría a los sectores dominantes una fracción del Ejército decidida a luchar contra Perón. Ni la clase obrera ni las Fuerzas Armadas fueron convocadas para luchar. Esto explica, grosso modo, el golpe militar del 16 de septiembre de 1955.

¿Qué país dejaba el peronismo para Peña? El juicio era implacable: si la Argentina de 1945 se caracterizaba, según su criterio, por tener un sistema de transporte anticuado, una baja calidad de potencialidad energética, una agricultura con una tecnología deficiente, una industria que había llegado a los límites máximos de la capacidad instalada, un aumento de la producción que agotaba equipos que no se reponían, gran cantidad de obreros y baja productividad; todos estos problemas seguían en pie en 1955, pues la Argentina seguía siendo un país semicolonial y atrasado. En síntesis, para Milcíades Peña la revolución peronista produjo la obtención de los siguientes resultados: 1) Sindicalización masiva e integral del proletariado fabril y de los asalariados en general 2) Democratización de las relaciones entre obreros y patrones en los lugares de trabajo y entre aquellos y el Estado y 3) 33% de la participación de los asalariados en la participación del ingreso nacional. No más de eso.

LA DISCUSIÓN CON RAMOS

Solamente se tomarán en consideración algunos aspectos centrales de esa discusión. La respuesta a preguntas como las que se formulan a continuación puede servir de hilo conductor para acotar el foco de la polémica: ¿Qué carácter tuvo la burguesía industrial en la

Argentina? ¿Fueron limitativos, en materia económica y social, los dos planes quinquenales que diagramó el peronismo? ¿Perón da nacimiento a una nueva burguesía industrial o en realidad esta se había conformado como clase varios años antes? ¿Fue superior su capacidad productiva previa si se la compara con la que alcanzaría en la etapa peronista? Las distintas respuestas a estos interrogantes reflejan posiciones que aún hoy son tenidas en cuenta por la historiografía local.

Una de las tesis centrales de Peña justifica la extensión de la siguiente cita:

La burguesía industrial argentina no ha nacido desde abajo, siguiendo el largo y complejo desarrollo que va del artesanado a la gran industria, creciendo autónoma, como la burguesía inglesa, francesa o norteamericana. La burguesía industrial argentina ha nacido estrechamente ligada a los terratenientes, como diferenciación, en su seno. Ambos sectores, industrial y terrateniente, se entrelazan continuamente, borrando los imprecisos límites que los separan, mediante la capitalización de la renta agraria y la territorialización de la ganancia industrial, que convierte a los terratenientes en industriales y a los industriales en terratenientes[49].

Siguiendo a Adolfo Dorfman, continúa Peña:

La clase industrial argentina no ha nacido libre. Depende estrechamente de la tierra y se siente ligada con sus usufructuarios por más de un lazo de consanguinidad y semejanza [...] el cordón umbilical que la une a los terratenientes es fuerte y potente[50].

El grupo de colaboradores de Fichas (algunos de estos eran el mismo Peña con diversos seudónimos), trabajaba con una sólida base empírica que incluía una documentación muy diversa: actas, guías, diarios de sesiones, prensa local e internacional, fuentes primarias y secundarias, etc. El objetivo era enfrentar las tesis de la izquierda nacional que enarbolaba Ramos. Para este último existía una diferenciación objetiva entre ambas clases y esto tocaba el corazón de la política industrial peronista.

Esta importante masa documental demostraba que los apellidos de la tradicional sociedad oligárquica que aparecían en la fundación de la UIA eran los mismos en la Argentina de 1946 y en la de 1963. Esto complicaba la posición de los que sostenían la existencia de una nueva burguesía industrial y del ascenso social correspondiente. Las declaraciones de hombres de la CGE que se oponían a trazar una clara diferencia entre sus intereses y los de los ganaderos, era otra apoyatura crítica que recogía la revista[51]. Otro de los argumentos centrales que esgrimía el grupo de Peña tenía que ver con el real crecimiento industrial en la época del peronismo. Al respecto, sostenía:

Otro investigador (en general Peña mismo), que colabora en la revista Fichas analizando los censos industriales de 1937 en adelante, demuestra que los establecimientos más pequeños—ocupan entre 10 y 25 obreros—duplican las cifras de obreros entre 1937 y 1946 y aumentan solo un 11% entre 1946 y 1954. Por su parte, el sector que agrupa establecimientos que ocupan de 26 a 50 obreros señala el mismo fenómeno: crecimiento entre 1936 y 1946, estancamiento entre 1946 y 1954. Por su parte, el sector que agrupa establecimientos con 50 a 100 obreros es el único en el que se advierte una disminución absoluta del número de establecimientos tanto como del número de obreros ocupados[52].

Estos datos le servían a Peña para sostener que era imperceptible el número de establecimientos pequeños que podrían llegar a convertirse grandes. Es verdad que algunos pequeños empresarios se volvieron grandes industriales, pero fueron casos aislados. Los censos industriales demostraban «que no se ajusta a los hechos la afirmación de que la burguesía industrial argentina es el producto de un aluvión de pequeños talleres nacidos durante la segunda guerra mundial. Ya que los establecimientos fundados antes de 1935 aportan el 54 % de la producción total»[53].

Los datos del censo industrial peronista de 1954 llevaron a Peña a sostener que «una estadística revela que entre 1946 y 1954 —censos peronistas—la ocupación obrera creció solo un 11% y la producción industrial apenas un 17 %; en cambio, entre 1937 y 1946, la ocupación creció un 75% y la producción un 62% »[54]. Con información de este tenor Peña respaldó sus hipótesis más sólidas, ya que no hizo más que poner de manifiesto que lo que se produjo en la Argentina de esos años no fue un proceso de industrialización sostenida sino uno dependiente del parasitismo de la clase terrateniente. Lo que en realidad sucedió fue una pseudoindustrialización. El marco teórico de Peña es la tesis del desarrollo desigual y combinado. Esto significa que solo se desarrollaron las industrias que el bloque dominante y el capital extranjero habían permitido: las de consumo básico e inmediato en detrimento de las que se dedicaban a la producción de maquinarias y bienes de capital. Este desarrollo desigual se combinaba con el organigrama de lo que él designaba con el sintagma de país abanico, modelo basado en la centralización de recursos desiguales y en economías regionales jerarquizadas. Nada hizo la burguesía industrial ni el peronismo para modificar esta situación. Muy por contrario, la mantuvo inalterada. Ni Miguel Miranda, ni Gómez Morales, ni los dirigentes de la CGE plantearon una alternativa política que modificara esa estructura económica. Y lo mismo puede decirse de la UIA.

La tesis nodal de Peña era la siguiente: la formación económica social Argentina fue capitalista desde su misma configuración. La condición semicolonial y dependiente no demandaba una “segunda independencia “ni una “liberación nacional”, puesto que la burguesía nacional se había mostrado históricamente incapaz de construir una nación soberana. Omar Acha sostiene:

Para Peña [...] la sensibilidad por la contingencia es cubierta por una demanda de solución revolucionaria de las contrariedades sociales que solo puede ser satisfecha por un proyecto de clase fundamental en ascenso progresivo. La burguesía no cumple ese requisito [...] no hay resolución de la trama por el lado burgués. Todo lo fáctico deviene fenómeno de esa imposibilidad, asentada empíricamente en la renta diferencial, el parasitismo capitalista y el imperialismo[55].

Había en Peña no solo una veta ensayística, propia de un historiador moderno, sino también una profunda filigrana trágica. Era una escritura intensa, desgarrada, porque comunicaba la inexistencia de una fuerza social capaz de llevar adelante los cambios estructurales que, por medio de un desarrollo industrial genuino y nacional, sacaran a la Argentina de su relación semicolonial con el imperialismo anglo-norteamericano.

En el libro, *La clase dirigente Argentina ante el imperialismo*, Peña sostenía la tesis de que en los países neocapitalistas como la Argentina:

Los terratenientes son, desde un principio, productores de mercancías y explotan comercialmente sus tierras [...]. Ellos son los primeros capitalistas de estos países y ellos son los que financian con sus capitales los primeros estadios de la pseudoindustrialización. En países como la Argentina, pues, el capitalismo va del campo a la ciudad y la burguesía industrial nace como una diferenciación en el seno de la clase terrateniente...[56].

Peña sostenía que el crecimiento y el desarrollo de la burguesía industrial argentina se habían producido en la época imperialista, tiempo caracterizado por el monopolio, la concentración y la centralización del capital. De este modo, no se podía hablar de industria nacional, sino de industria radicada en el país, ya que esta era hija de las grandes empresas extranjeras y su función consistía en cumplir el papel de simple «apéndice del capital agroexportador». Peña acusaba a Ramos de ser un «festejante de la burguesía industrial».

En el artículo titulado “*Es Argentina la tierra prometida de la movilidad social en la industria*” aparecido en la revista Fichas en abril de 1964, Peña, con el seudónimo de Gustavo Polit, comenzaba con una cita del libro de Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, en la cual este autor afirmaba que antes del 4 de junio de 1943 «la burguesía industrial se desarrollaba caóticamente; un operario se asociaba a otro, montaba un pequeño taller, se expandía, se hacía burgués»[57]. Peña cuestionará esta posición ficcional que presentaba a la clase empresaria argentina con un origen democrático y plebeyo, es decir antioligárquico, cuestionamiento que se hará extensivo a Torcuato Di Tella. Es que la principal razón de la polémica era política: el carácter revolucionario o contrarrevolucionario de la burguesía industrial argentina definiría el tipo de revolución a realizar y las clases que conformarían la alianza para llevarla cabo. Ramos, apelando a la lectura de Lenin y de Trotsky sobre la Cuestión Nacional en los países semicoloniales, sostendrá la necesidad de una revolución democrático-burguesa. Para él, la etapa democrática no debía ser sustituida por la etapa socialista. La revolución permanente en los países atrasados implicaba que la lucha por la liberación nacional solo podía emprenderla el proletariado al frente de una alianza de clases y con un programa que incluyera ideas no socialistas. Afirmaba Ramos:

Lo más frecuente en estos casos es que los pequeños burgueses de izquierda, lectores de Fichas, permanezcan al margen de los grandes procesos revolucionarios, perseverando en sus bolsillos, la pureza de la doctrina, tanto en 1943 como en 1965 [...] Esto, el señor Peña lo debe saber muy bien: el internacionalismo abstracto es la máscara de los social-imperialistas en los países opresores y de los declarados opresores en los países semicoloniales[58].

Con respecto a la respuesta de Peña, dos investigadoras sostienen lo siguiente:

Peña niega el origen artesanal de la burguesía industrial, tal como lo concibe Ramos. Nacida del seno mismo de la burguesía terrateniente y aliada del capital extranjero, la industria en nuestro país se habría convertido en una actividad puramente especulativa, ya que ningún capitalista nacional invierte sin la seguridad de elevados porcentajes de

ganancias. Al no haber inversiones de riesgo, la producción industrial nacional se reduciría a bienes de consumo, aprovechando el monopolio de este mercado. Si industrialización, en términos de Peña, remite al aumento de la composición técnica del capital, sin producción de medios de producción la industria no es posible [59].

Peña pensaba que los intereses económicos de los terratenientes y de los industriales eran compatibles y no antagónicos. Más allá de algunos conflictos, había unidad de intereses. Esto obligaba a analizar, en profundidad, la relación «entre los grupos de las clases dominantes locales, luego la de estas con los imperialismos dominantes y también la de los imperialismos entre sí»[60]. Por tal motivo, lo que Peña denominó pseudoindustrialización no se presentaba como un obstáculo al intercambio real con las metrópolis, con lo cual los terratenientes seguían teniendo sus exportaciones aseguradas. Los industriales necesitaban de las divisas que ingresaban a través de los terratenientes para pagar los medios de producción y los servicios del capital extranjero. Para Peña, la base de un genuino proceso de industrialización estaba asociada al crecimiento de las industrias estratégicas, que debían superar a las industrias que producían para el consumo inmediato. La tecnificación, los medios científicos, la movilización de recursos humanos y los medios de transporte constituían también, en gran parte, la base de un proceso industrial sostenido. En suma, esto se traduciría en un cambio fundamental de la estructura económica argentina. Bien dice Bibiana Del Brutto:

La industrialización significaba entonces mucho más que el crecimiento de la industria manufacturera [...]. No era posible comprenderla solo ateniéndose a su contenido económico, pues implicaba, además, modificaciones a las relaciones de propiedad. Vale decir, expropiación de las viejas clases propietarias y ascenso de nuevas clases al poder [...] fenómenos que acompañan la industrialización y sientan las bases de las mismas [61].

Pero el peronismo no expropió a la oligarquía terrateniente, no produjo ese necesario cambio estructural en el que Peña y Ramos coincidían.

Volviendo hacia atrás en el tiempo histórico, Peña consideraba que entre la Argentina colonial y la decimonónica se encontraban estos procesos, que luego, a partir del año 1880, se acentuarían:

En la Argentina, tanto la acumulación capitalista primitiva como la modernización del país fueron realizadas por la clase terrateniente y el capital extranjero, interesados básicamente en valorizar la tierra y el ganado [...] en cuanto a la burguesía industrial, refleja desde el nacimiento la característica de la época imperialista, que es el monopolio, y viene al mundo entroncando por las cúspides con los terratenientes y con el capital extranjero [62].

Horacio Tarcus ve a Ramos y a Peña como a los nuevos contendientes de viejas discusiones, rivales que habían tenido en Justo y en Gallo a ilustres antecedentes. Al respecto afirma:

Ramos hereda y lleva hasta sus últimas consecuencias el esquema interpretativo de Justo, entendiendo a la Argentina como una semicolonias inglesa, dominada por dicha metrópoli a través de una

oligarquía terrateniente y antindustrialista, una verdadera clase antinacional. La industrialización argentina habría sido una respuesta de los sectores nacionales (ejército, burguesía industrial y proletariado), en el sentido de recuperar su soberanía [...] Peña hereda y reformula la perspectiva de Gallo. Su originalidad está en sostener que un cierto tipo de industrialización, propio de los países atrasados, no pone en cuestión su estatus semicolonial, ni los intereses de la oligarquía terrateniente, ni los del capital imperialista, si no que, por el contrario, es funcional a ellos[63].

En síntesis, este fue el corazón de la discusión, de una polémica cuyos ecos siguen resonando. Todavía se discute y se escribe sobre la política industrial del peronismo. Cuestiones como el carácter esencial de la burguesía industrial argentina, los planes quinquenales del peronismo, el comportamiento de los sectores empresariales, el papel de la CGE, del IAPI y del Banco Industrial son, en definitiva, discusiones que hacen a la formación social capitalista en la Argentina del siglo XX y por eso son ineludibles. De ahí su importancia.

CONCLUSIÓN

Este trabajo ha tratado de demostrar la importancia de la discusión sostenida entre Jorge Abelardo Ramos y Milcíades Peña a mediados de los años sesenta y la ubicamos en el más amplio contexto del primer peronismo y de las discusiones que surgieron después del golpe de 1955. Vimos, también, que las posiciones que los dos defendían trascendían, largamente, el marco nacional. En un mundo bipolar, la aparición de determinadas experiencias políticas en el llamado Tercer Mundo despertó ciertas expectativas sobre las distintas expresiones de izquierda de ese momento surgidas, en gran parte, como consecuencia de las fracturas de los partidos de la izquierda tradicional[64], pero también como efecto de la llamada peronización de los sectores medios. En esa gama social de la clase media, incluidos los universitarios, se hallaban los lectores de Ramos y de Peña.

Luego realizamos un perfil intelectual y político de los contendientes. De este emergen, en especial, dos datos relevantes: primero, la importancia del ensayo trotskista en la Argentina de los años treinta; segundo, la politización del ensayo en la Argentina. Y no solo del ensayo, pues, como sostiene Beatriz Sarlo, «en los años sesenta y setenta (a medida que avanzaba el proceso de radicalización social), cualquier tipo de manifestación intelectual terminaba diluyéndose en la política»[65].

A continuación abordamos la Cuestión Nacional en el marxismo de la periferia. Pudimos comprobar que, tanto Peña como Ramos, realizaron sus diversas aportaciones afectados por el impacto de la experiencia peronista.

Luego se pasó a la discusión central de todo el trabajo. Para esto se tuvo en cuenta, en líneas generales, la cuestión de la conformación de la burguesía industrial en la Argentina, sin dejar de atender las posiciones que ambos tuvieron sobre el peronismo y otros tópicos del proceso histórico argentino.

Si bien estamos lejos de querer señalar a un ganador, la mayoría de los investigadores se encuentran más cerca de los puntos de vista de Milcíades Peña. Miguel Murmis, Juan Carlos Portantiero, Peter Waldman, Daniel James, Jorge Schvarzer, Horacio Tarcus y Omar Acha, entre otros, son solo algunos de los nombres que, más o menos explícitamente, suscribieron el análisis de Peña. No por nada tiene un bien merecido lugar en la historiografía de la izquierda en la Argentina. Omar Acha dice que «lo singular de Peña consiste en haber intentado una obra propiamente historiadora y en haber reforzado su imaginación en la huella de una historiografía trotskista»[66]. El lugar excepcional que alcanzó adquiere otra dimensión si se tiene en cuenta que toda su obra la llevó a cabo con menos de treinta y tres años.

Y qué puede decirse de Abelardo Ramos. El contexto local y regional actual parecen darle la razón en algunos aspectos: el Mercosur, la Unasur y las experiencias, de corte populista, de algunos gobiernos latinoamericanos que enarbolan banderas de nacionalismo económico y justicia social reivindican al hombre que abogó por la formación de un frente de clases que enfrentara a la vieja oligarquía interna y a sus socios foráneos. Sin embargo, el discurso de Ramos fue más efectivo que el de Peña para esos sectores medios que empezaban a mirar al peronismo con otros ojos. Su prosa tensa, intensa, apasionada, no solo sirvió para ofrecer otra cara de la izquierda, sino también para divertir a sus lectores. Y esto no lo desmerece. Fue fiel a la consigna de los hombres de FORJA, en el sentido de que había que combatir con alegría.

Los límites teóricos de ambos, en el campo del marxismo, ya fueron señalados. Los dos ensayistas quedaron atrapados en las categorías del marxismo clásico, algo que se pone de manifiesto en el fuerte influjo de cierto economicismo. Y el intento de superar este esquema los llevó a confiar en teorías como la de la Revolución Permanente y la del Desarrollo combinado. Pero el hecho de que sus libros sigan siendo leídos y editados confirma el bien merecido lugar que tienen en la producción historiográfica y ensayística de la Argentina.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Galasso, Norberto, *La izquierda nacional y el FIP*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.

Narvaja, Aurelio; Perelman, Ángel y Ramos, Jorge Abelardo, *Cuarenta años de peronismo*, Buenos Aires, Ediciones Del Mar Dulce, 1985.

Noble, Cristina, Abelardo Ramos. *Creador de la izquierda nacional*, Buenos Aires, Ediciones Capital Intelectual, 2006.

Schvarzer, Jorge, *La industria que supimos conseguir. Una historia político social de la industria argentina*, Buenos Aires, Editorial Planeta, 1996.

Zaiat Alfredo y Rapoport, Mario, *Historia de la economía argentina*, Página 12, fascículos 18, 19, 20, 21, 23 y 24, Buenos Aires, Ediciones La Página, 2007.

NOTAS

[1] Un trabajo pionero en esta dirección es el de Jorge SÁBATO: *La clase dominante en la Argentina Moderna. Formación y características*, Buenos Aires, Imago Mundi, 1991. En la actualidad son recomendables los siguientes trabajos vinculados con la historia económica: Claudio BELINI y Marcelo ROUGIER, *El Estado empresario en la industria Argentina. Conformación y crisis*, Buenos Aires, Editorial Manantial, 2008 y Claudio BELINI, *La industria peronista*, Temas de la Argentina, colección dirigida por Juan Suriano, Buenos Aires, Editorial Edhasa, 2009.

[2] *La industria peronista*, pp.14-15.

[3] Ver Alejandro HOROWICZ, *Los cuatro peronismos*, Buenos Aires, Editorial Edhasa, 2005. Capítulo 7: "1943: Radiografía de un golpe de Estado".

[4] *Ibidem*, p.115

[5] Ver *El Estado empresario en la industria argentina*.

[6] Diego MARTÍNEZ, Horacio Giberti. *Memorias de un imprescindible*, Buenos Aires, Ediciones Centro Cultural de la Cooperación en conjunto con la Universidad de Quilmes, 2011. Capítulo 4: "El Estado peronista (1945-1950)", p.184.

[7] *La industria peronista*, pp.10-11.

[8] Claudio BELINI y Marcelo ROUGIER, *Óp. cit*, pp.320-321.

[9] Ver Flavia FIORUCCI, *La administración cultural del peronismo. Políticas, intelectuales y Estado*, Universidad de Maryland, 2007. En la web, <http://www.lasc.umd.edu>).

[10] Oscar TERÁN, *Nuestros años sesenta*, p.29.

[11] Beatriz SARLO, *La batalla de las ideas*, p.37.

[12] Horacio TARCUS, *El marxismo olvidado*, Capítulo IV: “*La visión trágica de la historia de Milcíades Peña*”, p. 305.

[13] Entrevista personal.

[14] Para mayor información, además del citado texto de Horacio Tarcus consultar, del mismo autor, el *Diccionario biográfico de la izquierda en la Argentina. De los anarquistas a la nueva izquierda (1870-1916)*, Buenos Aires, Emecé, 2007.

[15] Así lo expresó Ernesto Laclau en una mesa redonda sobre la Izquierda Nacional en la Argentina, en el Centro Cultural Enrique Santos Discépolo en mayo de 2011.

[16] Lo sostienen tanto los trabajos de Tarcus como Sarlo. Sin embargo, esta última no incluye en su libro ninguna referencia a Peña, ni siquiera en el apéndice documental, lo que implica, lamentablemente, una carencia. En el texto de Regali, antes mencionado, no se hace ninguna referencia a la discusión Ramos-Peña, algo que constituye una ausencia inexplicable. En relación con el aporte del trabajo de Peña a las miradas académicas actuales, se recomienda el importante texto de Omar ACHA, *Historia crítica de la historiografía argentina. Volumen 1: Las izquierdas en el siglo XX*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.

[17] Para esta temática se recomienda la obra de G. D. H. COOLE, *Historia del pensamiento socialista*, tomos II y III. Abarca el período 1889-1914. Fue publicada por Fondo de Cultura Económica en diversas ediciones que salieron entre 1959 y 1985. La obra completa puede ser consultada en la Biblioteca Nacional.

[18] Entrevista personal con Alejandro Horowicz en el año 2000.

[19] Para esta discusión, además de los textos de Horacio Tarcus y Omar Acha, anteriormente citados, se puede consultar a Guillermina GEORGIEFF, *Nación y revolución. Itinerarios de una controversia en Argentina (1960-1970)*, Buenos Aires, Prometeo, 2008, en especial el capítulo II: “*Marxismo, nacionalismo y nueva izquierda en la Argentina de los años sesenta y setenta*”, pp.82-83.

[20] *El marxismo olvidado*, Óp. cit, capítulo III: “*La sociedad populista y la reconfiguración de las izquierdas (1945-1955)*”, p.93.

[21] *Ibíd*em, p. 94.

[22] G. GEORGIEFF, *Óp. Cit*, p. 82.

[23] Omar ACHA, *Óp, cit*, p.252.

[24] *Ibíd*em, p.253.

[25] Jorge Abelardo RAMOS, *La lucha por un partido revolucionario*, Buenos Aires, Ediciones Pampa y Cielo, 1964.

[26] Para esta cuestión ver Enzo REGALI, *Óp. cit*.

[27] *El marxismo olvidado*, *Óp. cit*, p.378.

[28] Es larga la nómina de artículos y libros en donde Ramos se pronunció sobre el tema del peronismo. Además de las revistas citadas, se recomiendan los siguientes textos: *De octubre a setiembre. Los ensayos políticos de Víctor Almagro*, Buenos Aires, Peña Lillo Editor, 1959; *La era del bonapartismo*, tomo *V de Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Buenos Aires, Peña Lillo Editores, 1972; *Historia de la Nación Latinoamericana*, tomo 2, *La patria dividida*, Buenos Aires, Peña Lillo Editores, 1968, entre otros.

[29] Abelardo Ramos. *De los astrónomos salvajes*, *Óp. Cit.*, Capítulo VI: “*De jóvenes trotskistas a fundadores de la izquierda nacional*”, p.139.

[30] *Revista Izquierda Nacional*, n°2, Buenos Aires, 1966, p.32.

[31] *La lucha por un partido...*, *Óp. Cit.*, 116.

[32] Consultar a Jorge Abelardo Ramos en *La era del bonapartismo*, *Óp. Cit.*

[33] Ernesto Laclau en mesa redonda. Grabación en poder del autor.

[34] *La lucha por un partido...*, *Óp. cit.*, p.118.

[35] *Ibíd*em, p.118.

[36] *Ibíd*em, pp.109-136.

[37] Ernesto Laclau. Mesa redonda. Grabación en poder del autor. De Laclau se recomienda también el texto escrito en colaboración con Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004.

[38] *Es necesario ver la discusión Ramos-Peña, no solo en su faz dicotómica, sino también en lo que tiene de complementaria.*

[39] Además de los artículos de la revista Fichas, la posición de Peña en relación con el peronismo se puede consultar en los siguientes textos: Masas, caudillos y elites, Buenos Aires, Editorial Fichas, 1973. El peronismo. Selección de documentos para la historia, Buenos Aires, Editorial Fichas, 1972. Industrialización y clases sociales en la Argentina, Buenos Aires, Hyspamérica, año 1986).

[40] Para estas temáticas se recomienda consultar a Claudio BELINI y Marcelo ROUGIER.

[41] Esta tesis hoy día carece de sustento (no hay investigaciones recientes que la defiendan). Inglaterra era una potencia en franca decadencia en esos años.

[42] Masas, caudillos y elites..., Capítulo III: “El gobierno bonapartista de los estancieros y el imperialismo inglés (1943-1946)”, p. 68.

[43] *Ibidem*, p.69.

[44] *Ibidem*, p. 81.

[45] *Ibidem*, p.98.

[46] *Ibidem*, p.98.

[47] También hay que incluir un préstamo de los Estados Unidos por 60 millones de dólares para la construcción de la planta de San Nicolás destinada a la producción de acero. Sin embargo, no hay que exagerar esta apertura, ya que las trabas políticas fueron considerables. Ver Belini y Rougier.

[48] Masas, caudillos..., *Óp. cit*, p.110.

[49] Fichas, n°1, Buenos Aires, 1964, p.61. Esta tesis también es desarrollada en el texto de Peña: La clase dirigente argentina frente al imperialismo, Buenos Aires, Ediciones Fichas, 1973.

[50] *Ibidem*, p. 62.

[51] Gran parte de la discusión esta resumida en Fichas, n°4, Buenos Aires, 1964, pp.58-81.

[52] *Ibidem*, p.63.

[53] *Ibidem*, p.63.

[54] *Ibidem*, p.67.

[55] Historia critica..., *Óp. cit*, p.283.

[56] *La clase dirigente argentina...*, *Óp. cit*, p.9.

[57] *La era del bonapartismo*, en *Revolución y contrarrevolución...*, Óp. Cit, p.397.

[58] La cuestión Nacional y el marxismo, en *La Lucha por...*, Óp. Cit., p.121.

[59] Sandra BUCCAFUSCA y Fabiana SOLARI, *Marxismo y sociología en tensión: El caso Milcíades Peña*, en *Historia crítica de la sociología argentina. Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes*, Horacio González (compilador), Buenos Aires, Ediciones Colihue, 2000, p. 399.

[60] Esta sugestiva idea aparece en varios textos de Peña, como así también en Fichas.

[61] Bibiana DEL BRUTTO, *La revista Fichas de Milcíades Peña: Relectura de la sociología a partir de un marxismo con pasión polémica*, en *Historia crítica de la sociología...*, Óp. cit, p. 423.

[62] Milcíades PEÑA (Polit, Gustavo, Testa Víctor), *Industrialización, burguesía industrial y liberación nacional*, en Fichas n° 4, Buenos Aires, 1964, p.76.

[63] *El marxismo olvidado...*, Óp. Cit., p.381.

[64] Para este tópico se recomienda el texto de María Cristina TORTI, *El viejo partido socialista y los orígenes de la nueva izquierda (1955-1965)*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

[65] *La batalla de las ideas...*, Óp. cit., capítulo IV: "Historiadores, sociólogos, intelectuales", p.104.

[66] *Historia crítica de la historiografía...*, Óp. cit, capítulo 6, p.249.